



2001 - 2003

**Cinco  
presidentes**

---

**E**n el marco de los cacerolazos, los saqueos, la sangrienta represión y la derogación del estado de sitio como última acción al frente del Poder Ejecutivo de Fernando de la Rúa, asumió por pocas horas el justicialista Ramón Puerta, que se encontraba como presidente provisional del Senado. Casi como una asunción protocolar, para evitar la acefalía y cumplir con la Constitución Nacional, convocó para el 23 de diciembre a la Asamblea Legislativa para decidir quién debería desempeñar el cargo de presidente hasta el llamado a nuevas elecciones.

El elegido fue Adolfo Rodríguez Saá, gobernador de la provincia de San Luis, quien en su discurso de asunción afirmó que suspendería el pago de la deuda, y prometió la creación de un millón de puestos de trabajo y la indemnización a las víctimas de los saqueos ocurridos los días previos. “Vamos a tomar el toro por las astas, vamos a hablar de la deuda externa. Anuncio que el Estado argentino suspenderá el pago de la deuda”, exclamó en el Congreso Nacional el 23 de diciembre de 2001, quien siete días más tarde renunció desde su provincia.

El domingo 30, porque no había feriados ante la magnitud de la crisis, Eduardo Camaño quedó al frente del Poder Ejecutivo, siguiendo la línea sucesoria como presidente de la Cámara de Diputados, y convocó a una nueva Asamblea Legislativa para el 1 de enero de 2002. Allí, con 262 votos a favor, 21 en contra y 18 abstenciones, se eligió a Eduardo Duhalde como presidente hasta el 10 de diciembre de 2003, según correspondía por las gestiones cuatrienales. El único objetivo urgente era consolidar un Ejecutivo estable.

En ese contexto, el Banco de la Nación Argentina explicitaba la coyuntura crítica y las dificultades internas por el descreimiento profundo en las clases dirigentes y las entidades financieras. “El nuevo gobierno asume sus funciones en medio de una crisis política, económica y social sin precedentes en muchas décadas. Los tres objetivos básicos son: reconstruir la autoridad política e institucional, garantizar la paz social y sentar las bases para el cambio de modelo económico social”, dijo en su Memoria de aquel 2001.

El economista Jorge Remes Lenicov fue nombrado por Duhalde para estar al frente de la tan compleja cartera económica. La derogación de la Ley de Convertibilidad, eliminándose las operaciones de conversión 1 a 1 y la obligatoriedad de contar con reservas en moneda extranjera por el total de la base monetaria, fue la primera acción del nuevo ministro encomendada por el presidente.

La pesificación de los depósitos en dólares (1 dólar = 1,40 pesos) fue inmediata y los ahorristas pasaron a ocupar las primeras planas de los diarios denunciando su perjuicio. “Van a ser respetadas las monedas en



*La crisis fue tan tremenda que en apenas once días la Argentina tuvo cinco presidentes: Fernando de la Rúa, Ramón Puerta, Adolfo Rodríguez Saá, Eduardo Camaño y Eduardo Duhalde.*



que hicieron sus depósitos. Es decir, el que depositó dólares recibirá dólares; el que depositó pesos, recibirá pesos”, había asegurado Duhalde, días atrás, en su discurso de asunción.

A fines de abril de 2002, por diversas discrepancias en su gestión y por cortocircuitos a la hora de definir el tipo de cambio fijo a variable, Remes Lenicov abandonó el Ministerio de Economía dando paso a la gestión de Roberto Lavagna, hasta entonces embajador argentino ante la Unión Europea.

El escenario durante la primera mitad del año era dramático. El Producto Bruto Interno (PBI) marcó una caída de más de diez puntos; los ahorristas acudieron masivamente a intentar extraer sus depósitos y el Poder Judicial recibió miles de demandas que exigían la recuperación de sus activos; la cadena de pagos se encontraba quebrada; la desocupación alcanzaba al 21 por ciento de los argentinos y más de la mitad del país vivía bajo la línea de pobreza.

Las crisis provocan fenómenos inimaginables e inagotables cuando se profundizan. En la Argentina de esos años se hizo masivo un nuevo actor excluido de todo tipo de formalidad laboral: el/la cartonero/a. Ejércitos de compatriotas salieron a las calles con el único objetivo de acumular restos de papeles, cartón y otros materiales, que luego eran vendidos. Este nuevo “mercado” de la basura fue una de las consecuencias inesperadas de la devaluación, que dejó de manifiesto que en la Argentina ya no se fabricaba casi nada.

En el segundo semestre, el gobierno orientó sus políticas a apuntalar una mínima recuperación e intentar rearmar los tejidos sociales destruidos los últimos años. Mientras tanto, la foto se dividió entre la práctica del “trueque” (que se expandía en cada una de las plazas y galpones del territorio nacional) y la aplicación del Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, que intentó atenuar los efectos de tantos años de recesión económica con valores de pobreza hasta entonces desconocidos.

Ya desde los años 90, con el cierre de empresas públicas y privadas, el movimiento piquetero incrementó sus actividades de protesta. Al cerrarse las fábricas, los piquetes se trasladaron a las calles. A ellos se sumaron las cacerolas de la clase media, que protestaba contra la incautación de sus depósitos. “Piquete y cacerola, la lucha es una sola”, se escuchaba en cualquier rincón de Buenos Aires y de la Argentina. En ese marco de protestas, el 26 de junio las organizaciones sociales cortaron, una vez más, el puente Pueyrredón. Esta vez la represión fue feroz y las fuerzas de seguridad persiguieron a los manifestantes hasta la estación de trenes de Avellaneda, donde asesinaron a los militantes Maximiliano Kosteki y Darío Santillán. La responsabilidad del gobierno quedó en evidencia.

Piquetes y cacerolas se unieron a las protestas y el grito por esos tiempos era “Que se vayan todos”.

El 2 de julio de 2002, Duhalde sorprendió, incluso a funcionarios cercanos, con un mensaje en cadena nacional en el que anunció el adelantamiento de las elecciones presidenciales para abril de 2003: “He decidido que dentro de cuatro meses, a partir de hoy, los argentinos elijan en internas abiertas y democráticas sus candidatos a presidente y vicepresidente de la República; 120 días después, todos decidiremos quién nos conducirá en los próximos cuatro años”.

En este contexto más que desfavorable, el Banco de la Nación Argentina cumplió un rol puramente de banca pública poniendo énfasis en los préstamos sobre las PyMEs y las cooperativas agropecuarias y de servicios. Así lo expresó en sus memorias anuales: “Durante el ejercicio 2002, el accionar del Banco procuró centrar su actividad en los siguientes aspectos fundamentales: continuar siendo una entidad financiera de prestaciones universales, aunque con énfasis en el financiamiento a las pequeñas y medianas empresas; procurar en la banca corporativa la asistencia para capital de trabajo, inversión y comercio exterior, como así también para equipamiento y reconversión productiva”.

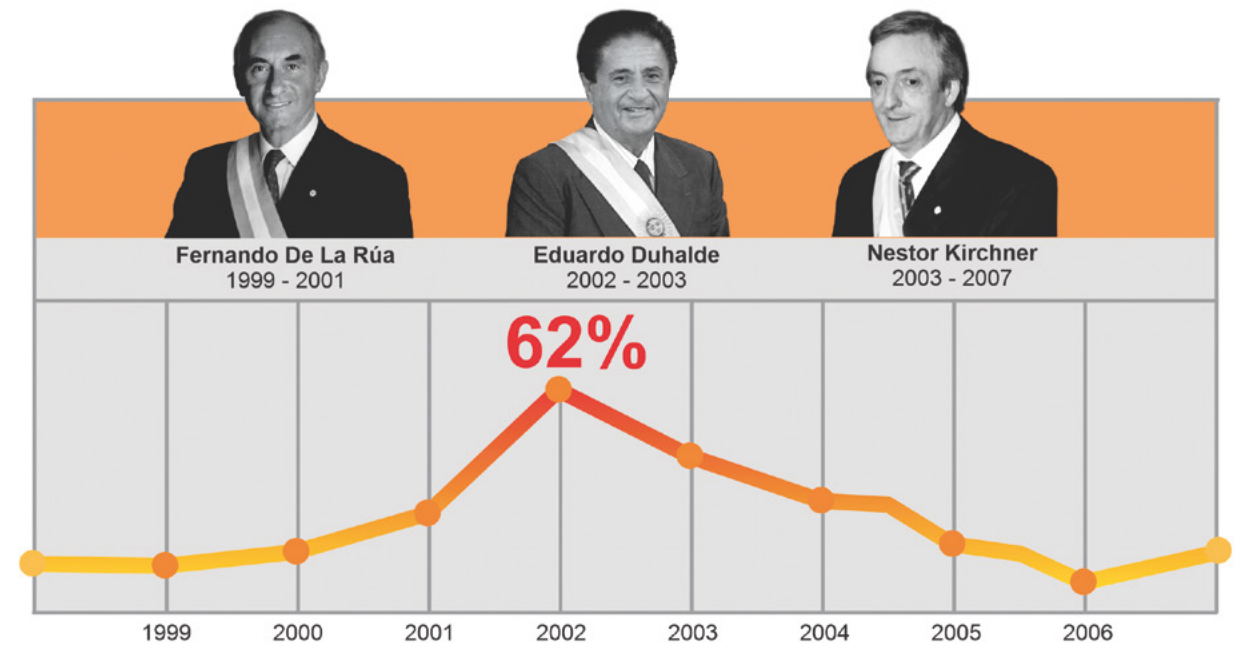
Además, debido al contexto económico y financiero, el Banco profundizó políticas de recupero de deudores con el Plan de Cancelación de Deudas Bancarias con Títulos de la Deuda Pública (aprobado en marzo 2002), el Plan Especial de Cancelación de Deudas (agosto 2002) y un tercer plan para sectores con ingresos cíclicos, como el agrícola. Como indicador, la irregularidad de cartera sobre el total de préstamos



*Desocupados cortan el puente Pueyrredón en el marco de un paro nacional decretado por las centrales obreras. El corte del Puente que une CABA con Avellaneda se volvió algo habitual.*



En medio del descreimiento popular, Carlos Menem y Néstor Kirchner llegaron al balotaje, que nunca se realizó porque finalmente el riojano declinó su candidatura.



La crisis de 2001 hizo que la pobreza alcanzara al 62 por ciento de la población cuando Duhalde le entregó el gobierno a Kirchner, que lograría bajarla en torno al 30 por ciento.

se redujo casi seis puntos en un año: de 29,3 por ciento en diciembre de 2001 pasó a 23,5 por ciento para fines de 2002.

Luego del anuncio de adelantamiento de elecciones, Duhalde y un sector del peronismo trabajó por encontrar un sucesor que trajera algo de estabilidad. Con algunos –pocos– índices macroeconómicos que mostraban levemente algún tipo de rebote esperanzador, una conflictividad social que se mantuvo tensa pero ya no en ebullición como un año atrás, y con el anuncio del ministro de Economía de que a partir del 2 de diciembre de 2002 se abriría el corralito impuesto por De la Rúa (supuestamente por 90 días) un año atrás, el oficialismo se mostró expectante y encontraría un candidato –casi azarosamente, después del declinamiento de Carlos Reutemann y José Manuel de la Sota– en Néstor Kirchner, un gobernador patagónico, la piedra en el zapato menemista.

Enfrente, otro sector del peronismo continuó reivindicando la imagen de Carlos Saúl Menem como único salvador y creyó posible la tercera gestión; otro espacio del PJ impulsó la candidatura de Adolfo Rodríguez Saá luego de su breve paso por el Ejecutivo en diciembre de 2001; la derecha apostó por Ricardo López Murphy y un incipiente espacio progresista-radical, liderado por la entonces diputada chaqueña Elisa Carrió, intentó posicionarse como la esperanza de la centro-izquierda.

La Argentina, en 2003, se dispuso a cerrar políticamente una crisis que dejó más de veinte millones de pobres y ocho millones de indigentes, una clase media sensiblemente reducida y con la participación en el ingreso más baja de la historia, y la brecha que mostró que el diez por ciento más rico de la sociedad percibía casi 35 veces más que el diez por ciento más pobre. ■